



¿Será que viví ahí?

María Pistani

Sara: Tuve un sueño.

¿Será que viví ahí?

Me hizo temblar.

¿Dónde lo tenía guardado?

¿Qué hago con este sueño?

Analista: ¿Y si me lo contás?

Resumen: Este trabajo recorre el tratamiento psicoanalítico de una niña adoptada y las vicisitudes que se presentan en la construcción de su identidad. El vínculo analítico se va construyendo y desplegando a través del espacio lúdico, musical y onírico. Las descripciones clínicas se van entrelazando con un desarrollo teórico kleiniano y post-kleiniano.

Descriptor: Psicoanálisis de niños, Adopción, Soñar, Dolor psíquico, Vínculo.

Los sueños, creaciones singulares del ser humano, me han despertado interés desde siempre. Especialmente los que sueñan los pacientes niños, me resultan tesoros valiosos de un mundo interno en pleno desarrollo. Al relatarlos, pueden sorprenderse, entusiasmarse y también asustarse. Múltiples expresiones con extraños disfraces se presentan en imágenes y forman parte del escenario onírico ofreciendo posibilidades de conocimiento.

Melanie Klein equiparó los sueños con el juego de los niños. Instrumentos de descubrimiento los cuales, junto al dibujo, son expresiones que permiten acercarnos a diversos personajes, relaciones y emociones del mundo interno. Soñar y jugar abre un espacio de libertad psíquica.

Algunos sueños pueden aportar una nueva perspectiva sobre lo que es la incierta travesía de un análisis. Es lo que sucedió con Sara, una pequeña paciente.

El pequeño epígrafe de este escrito permite observar la manifestación del asombro de la niña ante su sueño, la percepción intuitiva acerca del propio espacio psíquico con la sugerente idea de lo que allí puede conservarse. Fue una invitación a recorrer juntas imágenes de su mundo interno entrelazadas con retazos de emociones y me convocó a escribir este trabajo.

Perspectivas del sueño que enriquecen la clínica

El sueño es una función psíquica inseparable de la vida misma. Es una creación del soñante que se halla en modo de descanso, aunque, implica todo un trabajo. Al despertar, en ocasiones, es posible recolectar evidencias en fragmentos. El material de un sueño deriva de algún tipo de experiencia, ya sean vicisitudes somáticas, sucesos vividos y los estados emocionales que acompañan.

Freud consideró a su libro *La interpretación de los sueños* (1900) como el más valioso de todos sus descubrimientos. Para él, el sueño es una "satisfacción alucinatoria de deseos", la *via regia* de acceso al inconsciente. Un inconsciente con un potencial ilimitado. También, el guardián del dormir. A medida que Freud avanzaba en sus descubrimientos y enfrentaba un callejón conceptual se encontraba volviendo a los sueños y hallando nuevos caminos para la inspiración. (Meltzer, 1992).

Para Melanie Klein las experiencias emocionales más tempranas ejercen una influencia a lo largo de la vida en la estructura en desarrollo de la mente a través de las experiencias de la fantasía inconsciente. Los procesos oníricos se vieron enriquecidos con su enorme aporte acerca de la concepción de mundo interno poblado de objetos que de manera personificada se relacionan entre sí y en interacción con los objetos externos. Un mundo interno en un continuo trabajo de creación (Clara Nemas, 2002).

Vivimos en esos dos mundos, aunque es en el mundo interno donde se genera el significado que se ubica en el mundo externo. La observación de niños le mostró a Klein que en los juegos se manifestaban situaciones pertenecientes al presente inmediato, no solo al pasado.

La emocionalidad tiene un lugar medular en la vida mental (Bion). La experiencia emocional, primer paso en los procesos de pensamiento, requiere ser pensada y comprendida para que la mente crezca y se desarrolle.

Meltzer piensa como Bion: *soñar es pensar*. Soñar, verbalizar los sueños, pintar cuadros, componer música, representan un proceso creativo generador de significados. (Meltzer, 1983).



El desarrollo de estas ideas posibilitó estudiar los procesos de pensamiento y de esta manera poner atención a los aspectos del soñar desde otro vértice. Los sueños toman formas prestadas del mundo externo para poder expresar las experiencias emocionales. En su libro *Metapsicología Ampliada* (1990), da una definición muy clarificadora de una experiencia emocional: “*es un encuentro con la belleza y el misterio del mundo que despierta un conflicto entre L, H, y K y -L, -H y -K. En tanto que el sentido inmediato es experimentado como emociones quizás tan diversas como los objetos capaces de evocarlas en esa forma inmediata, su significación siempre se refiere, en última instancia, a las relaciones humanas íntimas*”.

Me resulta interesante la perspectiva de Grotstein acerca de los sueños, quien considera que soñar es una forma que tenemos de comunicarnos con nosotros mismos y de procesar esa comunicación inconsciente en el propio acto de soñar. El soñador da forma visual y narrativa a lo que pulsa por expresarse al mismo tiempo que es inefable y se halla en la orilla del ombligo del sueño. El analista que escucha el sueño es el que recibe esta puesta en escena testimonio de la representación. Para él, el sueño es una obra de teatro, una narración concebida por un dramaturgo astuto. Amplía la idea bioniana “continente-contenido” de manera que el infante que es contenido y la madre que lo contiene constituyen una pareja pensante, una “pareja de sueños”.

¿Qué lugar se le da a la interpretación de los sueños hoy? Si para la perspectiva freudiana el sueño es el *guardián del dormir* a partir de los desarrollos post-kleinianos, el sueño, ¿podría considerarse como el *guardián* de la función analítica? En este sentido puede ofrecer la posibilidad de observar indicios que permitan esclarecer lo que está aconteciendo en esa relación tan particular.

Sara

Sara es una hermosa niña de mirada brillante y tez oscura. Tenía siete años cuando los padres consultaron preocupados por los enojos de la niña, “*explosiones de volcán, gritos rabiosos y salvajes*” que irrumpían sin motivo aparente. Esto, solamente ocurría en su casa. Le resultaba difícil contar lo que le pasaba, más bien se quejaba. Rara vez lloraba. Observaban, también, silencios impenetrables.

Sara es hija única, fue adoptada a los nueve meses de vida. A pocas horas de nacer la dejaron en una caja de cartón en la puerta del Hospital en el cual la atendieron, cuidaron y en el que permaneció dos meses. Luego estuvo en un hogar de tránsito hasta que sus padres la adoptaron.



En la entrevista inicial los padres mencionan que *"Sara no termina de afincarse en casa. Es demandante, duda del querer. Creen que no reconoce el parentesco"*.

Por la noche suele rodearse de peluches para conciliar el sueño, hubo largos períodos en los que también canturreaba bajito antes de dormirse.

Desde pequeña mostró un interés especial por la música y una facilidad innata para tocar varios instrumentos musicales. Los padres estimularon este interés. Cantaba a solas, en su habitación, no le gustaba que los padres presenciaran su cantar.

Manifestaba tener pocas amigas, se sentía discriminada por el tono oscuro de su piel; aunque en la escuela aseguraban que sus compañeras la incluían y que era muy buscada para jugar.

Los padres pensaban que al ser hija adoptiva aún no se sentía parte de la familia, sostenían que Sara no los había adoptado como padres.

El tema de la adopción era muy conversado con la niña. Hacía las mismas preguntas reiteradamente, algunas de ellas eran *"¿cómo tenía mi manito cuando vine? ¿esa señora que me tuvo en la panza estaba segura en darme en adopción? ¿y si se arrepintió?"*. Estas preguntas descolocaban y agobiaban a los padres, aun así, automáticamente recurrían a respuestas repetidas que no la conformaban. Le decían que "su manito era pequeña, que esa señora no podía criarla y que seguramente no había cambiado de idea". Eran respuestas como un canto repetido que intensificaba la angustia en Sara y podían alimentar fantasías de haber sido robada. No le daban seguridad en el desearla hija, se obstaculizaba que la niña pueda sentirse comprendida.

Pienso que Sara preguntaba con imperiosa necesidad por su recibimiento, por "el deseada", parecían intentos fallidos de acercarse a aspectos de sí misma en penumbras. Se notaba una enorme curiosidad que se incrementaba, pues las respuestas automáticas y concretas la llevaban al mismo destino, el haber sido, abandonada, no-deseada, no-querida. Las respuestas aniquilaban un continente posible para un contenido doloroso. Tanto las preguntas como las respuestas mostraban la dificultad de ambas partes para tolerar el misterio. Eran, más bien, una desesperada búsqueda de -razones explicadas- resultando una información saturada que funcionaba como impedimento para la imaginación, el alojó y el descanso.

Cuando Sara tenía 4 años, por pedido de ella viajaron a conocer la provincia natal y el Hospital en el cual estuvo los primeros meses de vida. Según los padres estos eran intentos de ayudarla a resolver algo que creían que la molestaba y le impedía instalarse en la familia. Pienso que el efecto de esto era otro, remarcaba la distancia y ajenidad respecto a sus padres. También eran hechos que podían alimentar fantasías de reencuentro con la



señora que la tuvo en la panza y la idea que lo perdido podría ser mejor que lo que estaba teniendo.

Reflexionando en Sara, las "explosiones de volcán, gritos rabiosos y salvajes", parecían formas primitivas de evacuación de malestares, de ansiedades tempranas aún no decodificadas. Zonas betalizadas (Bion) sin representación simbólica. ¿Elementos beta a la espera de una oportunidad de encontrar un continente transformador?

El primer grito del ser humano al nacer es señal de estar respirando solo al desprenderse del útero materno; luego será un llamado, un modo de expresión de ayuda, el ansia por un objeto que asista ante las necesidades vitales. En Sara, parecía la manifestación rabiosa de dolor, irrupción ruidosa, tal vez la forma que tomaba la enorme necesidad de ser comprendida.

No podía llorar, tal vez estaba muy defendida, tal vez sin hallar compañía, alguien que le pueda ofrecer un abrazo. Las lágrimas pueden ser un lujo emocional en momentos donde predomina el instinto de supervivencia. (Gampel, 2006)

Cantar a solas, sin la presencia parental, no parecía una capacidad como conceptualizó Winnicott refiriéndose a la experiencia de estar solo en presencia de la madre, fenómeno que describe como "altamente refinado" (Winnicott, 1958). Es necesaria la suficiente presencia de alguien para que se desarrolle esta capacidad y disfrutar de ello. Más bien, me hacía pensar en un retiro a la soledad en función de la dificultad que tenían padres-hija para relacionarse. Sara ponía distancia, configurándose un espacio privado, una zona de su posesión que la dejaba apartada.

Rodearse de peluches cada noche era un hábito de compañía posible; un intento de sosiego antes de dormir. Tanto esto como el canturrearse parecían una configuración de objetos y fenómenos transicionales los cuales muchas veces persisten en la infancia cuando los niños experimentan sentirse solos o ante ciertas privaciones. En ocasiones son creados como recordatorios de los objetos parentales (Meltzer, 1983). Pero en Sara denotaban fallas en las funciones parentales, un vínculo inicial rodeado de desencuentro e inseguridad.

Los fenómenos transicionales representan las primeras etapas del uso de la ilusión, las cuales son necesarias en la relación con un objeto. El área de fenómenos transicionales conforma un espacio psíquico potencial en el cual Winnicott ve el origen de la creatividad. Describe a los fenómenos transicionales, en una carta a Víctor Smirnoff, como pertenecientes a una zona intermedia que llama "lugar de descanso, porque al vivir en esta zona el individuo descansa de la tarea de distinguir el hecho respecto de la fantasía" (1958 pág. 206). El hábito de Sara no parecía darle *descanso*, más bien, armaba una zona recurrente, diferente a la que menciona Winnicott. Parecía una niña tensa y sola, con dificultades para



conciliar el sueño y descansar. En lugar de amparo hallaba crudeza de respuestas, situación que operaba como barrera obturante de toda ilusión. Según Winnicott la desilusión gradual del pequeño es necesaria en el desarrollo, pero esto no es posible sin suficientes oportunidades previas para la ilusión (1971).

Noté la cantidad de información que había recibido por parte de los padres antes de conocer a la niña. La adopción ya es en sí un acontecimiento que impacta. Esta información había tomado un lugar protagónico.

Analizando niños adoptados he notado la importancia que tiene conocer sobre su origen, pero también lo es y resulta fundante lograr un apego seguro y confianza básica con sus padres, el saberse único, mirado y pensado. Esto otorga un piso firme con cierta previsibilidad que favorece el desarrollo.

De las entrevistas mantenidas con los padres, me llamó la atención la historia materna: tuvo que hacerse cargo, prematuramente, de nueve hermanos; tenía 17 años cuando su madre acompañó al padre al exterior por cuestiones laborales, permanecerían allí dos años, pero al año, su padre murió abruptamente.

Aún se percibía el malestar que generaba esta parte de la historia materna marcada por un fuerte abandono. El hacerse cargo obligadamente de sus hermanos daba la impresión de ser un tema sin procesar. La "matriz infantil" materna fue un obstáculo para lograr un embarazo y metafóricamente hacía pensar en la precariedad de la función de contención.

Una mamá dominante, con dificultad para acoger a Sara, sostenerla y para componer un arroyo para calmarla. Además, regulaba la relación padre-hija, estableciendo cómo estar y sentir. Un papá dedicado al trabajo, más bien desconectado de las necesidades afectivas de su hija lo cual favorecía el matriarcado.

Percibí funcionar como posible puente de enlace entre padres e hija y el minucioso trabajo que requeriría el encontrarse, mirarse y tal vez aceptarse.¹

Espacio lúdico hacia un espacio musical

La relación analítica fue una construcción lenta. Observaba en Sara una actitud distante, aparentemente obediente, educada y cuidadosa en sus expresiones simulando sonrisas, pero no estaba cómoda. Pienso que se hallaba atemorizada y desconfiada ante una nueva relación posible.

¹ Por razones de privacidad, no profundizaré en las entrevistas mantenidas con los padres.



En el primer período de tratamiento prevalecían juegos con una simbólica conservada, animales que buscaban a la madre apropiada; cachorros lobos que habían “perdido” a su mamá loba y fueron cuidados por un animal de otra especie; no estaban a gusto, pero no había opción. Me llamaba la atención el término “perdido” que Sara empleaba en el juego. Perder es diferente a abandonar, implica la posibilidad de reencuentro. El abandonar supone una acción intencional, es dejar solo y sin cuidado a alguien. Si bien observaba una niña “buenita y obediente”, tenía presente que los aspectos “lobos” se hallaban también, ¿Serían los aspectos salvajes a la espera de un continente posible? ¿Serían aspectos que podrían devenir en una forma de ataque al vincular?

Aparecía el sentirse diferente, de otra raza, sin sentido de pertenencia, así como también la activa búsqueda de una madre adecuada. ¿Una madre adecuada sería la madre idealizada ausente? ¿Tendría la ilusión de hallar una madre que se ajuste a sus necesidades? ¿Cuál sería la relación perdida? Por otro lado, observaba el modo en que la relación transferencial se iba configurando, una relación impuesta.

Había períodos en los que en las sesiones surgían momentos de silencio intenso que me hacían experimentar distancia y frialdad; modos de control de la niña ante intensas ansiedades persecutorias. Sensaciones paranoides que impactaban en la transferencia y en la contratransferencia, innumerables angustias se desataban con mi presencia.

Solía hacer construcciones con ladrillos, su casa estaba cerca de la mía, eramos vecinas, pero sin dialogar. En una sesión tomó un cochecito de bebé con una señora dentro (un muñeco play móvil) y lo empujó al vacío. Si bien observaba una niña herida, enojada y defendida, expulsando un vínculo posible, también pensaba que esta acción indicaba que al caer el bebé también se terminaba con una madre. No hay bebé sin mamá y viceversa, en palabras de Winnicott:

No existe nada que pueda ser denominado ‘bebé’. Me sentí alarmado al oírme pronunciar estas palabras y traté de justificarme señalando que si me muestran ustedes un bebé ciertamente me mostrarán también a alguien que cuida del mismo, o, cuando menos, un cochecito de niños que acapara la vista y los oídos de alguien. Lo que vemos es una ‘pareja de crianza’, por decirlo así. (Winnicott. 1952, p 138)

En otro momento, la dueña de su casa (representada por un play móvil) adoptaba una actitud indiferente, sabía de mi existencia, pero no me hablaba. Mi personaje, “la vecina”, reflexionaba en voz alta acerca de la vecina silenciosa:

“¡Qué ganas de conocer a mi vecina! ¿Cómo podré acercarme para conocerla y que me conozca? No me habla, ¿creerá que soy peligrosa o se sentirá peligrosa y se mantiene



lejos para no dañarme?” Intentaba explorar abriendo otras posibilidades. Mis comentarios contenían el deseo de una paciente a descubrir.

En algunas ocasiones, al concluir la sesión y mientras esperábamos el ascensor del consultorio, solía quejarse en voz muy baja del ruido que éste hacía. Le decía que notaba su expresión de protesta al acercarse y encontrarse con algo que la molestaba. Momento de separación que evidenciaba angustia y vacío, una posible conexión con traumatismos arcaicos. Iba notando, además, que se animaba a mostrar sus molestias, sus aspectos hostiles.

La protesta, modo de expresar rabia y dolor adoptó creativamente la forma de rap, componiendo la letra y la música. Quiso que la escuche cantar y me pidió que no la mire. Sara estaba aceptando un acercamiento transferencial y proponiendo un nuevo modo de conocimiento. Cerré mis ojos, escuché su voz, suave y entonada. La letra es la siguiente:

Una señora, me ha dejado, fue lo más triste que me ha pasado, me rompió el corazón,
pero, encontré una nueva familia y yo la quiero mucho, pero mucho.

Díganme: ¿por qué esa señora, me ha dejado?, ¿por qué?, ¿por qué lo ha hecho?, ¿por
qué?, díganme, díganme...pero no están aquí,

¿Por qué lo han hecho? ¿Por qué lo han hecho?

¿Por qué no habrá sentido amor?

Fue un momento emotivo, percibí su dolor articulado en canción. Le dije que me había invitado a sentir su voz y que había escuchado sus preguntas-quejas cantadas, que contenían mucha rabia y dolor. El dolor del abandono ocupaba más lugar que el haber encontrado una familia a la que cantaba querer.

Un poeta y filósofo senegalés llamado Leopold Sédar Senghor muy comprometido con la libertad y negritud de su pueblo, tenía una teoría de conocimiento intuitiva, una “razón abrazo” en oposición a “razón ojo” discursiva ofrecida por la tradición filosófica occidental que se detiene ante las apariencias. Desde Senghor, el sujeto “siente” al objeto antes de verlo, capta su sentido profundo: “Yo siento al otro, danzo con el otro, luego yo existo”. Y dice:

Porque danzar es crear, sobre todo porque la danza es danza de amor. Es en todo caso, el mejor modo de conocimiento (...) La luz del conocimiento ya no es esa claridad inalterable que se posa sobre el objeto sin tocarlo y sin ser tocada por él: es un fulgor turbio nacido de su abrazo, el chispazo de un contacto, una participación, una comunión.

Teniendo en cuenta el aporte de Senghor, es posible establecer otro punto de vista acerca del cantar a solas y conjeturar la expectativa de Sara que la sientan, que llegue el sonido de su voz uniéndose en un abrazo-emoción sin que la vista y las conceptualizaciones parentales repetidas obturen la posibilidad de contacto y conocimiento.

Espacio onírico

Sara: Tuve un sueño. ¿Será que viví ahí? ¿Dónde lo tenía guardado? Me hizo temblar. ¿Qué hago con este sueño?

Analista: ¿y si me lo contás?

S: Me desperté transpirada. Había soñado que había peluches, eran una jirafa, un tigre y dos peluches más que no me acuerdo qué eran. No sé quiénes, pero me perseguían por todos lados. Una vez vivía en China en un mini ladrillo, debajo de un edificio que se balanceaba todo el tiempo. Una vez se había cortado la luz, había luz todavía, era el atardecer. Una parte era oscura, ahí estaban los peluches sobrevivientes. De repente aparece un pañuelo blanco volando, yo lo agarro fuerte, pero temblaba como si me estuviese dando electricidad.

El sueño de Sara nos sorprendió a las dos, estábamos ante una nueva experiencia emocional, una genuina producción onírica. Imágenes visuales, huellas tenaces que cobraron fuerza para expresarse oníricamente.

Acompañándola con preguntas surgieron algunas ideas. En primer lugar, describió el modo en que agarró fuerte el pañuelo, "como si alguien te rescata, te agarra fuerte de la mano y no te sueltan porque te podés caer". Luego habló de China "un lugar lejos e inseguro, hablan distinto, pasan cosas horribles, tsunamis, me da miedo". Dije que había empezado por contarme sobre el rescate, poder ser agarrada de la mano para no caerse y así se animó a decir que sentía mucho miedo en ese lugar peligroso, tan extraño, apretada y sin luz. También dije que estábamos tratando de hablar un mismo idioma, iluminar juntas su espacio, entender sus miedos, sus inseguridades y abrazar fuerte a los peluches sobrevivientes. Se levantó y me abrazó, acto afectivo que acepté. Lo entendí como su manera de mostrar sentirse comprendida.

Reflexionando luego acerca del sueño, se me presentó un sendero asociativo de desarrollos teóricos. La pregunta de Sara "¿Será que viví ahí?", me llevó a pensar ¿qué espacio habrá habitado?; ¿se referirá al tiempo previo a ser adoptada?; ¿se referirá a la caja-cuna precaria?



Tomando las vivencias de opresión y encierro en la dureza de un “mini-ladrillo” sopor-tando encima un edificio que se tambalea, también, es posible imaginar a un feto no que-rido habitando la oscuridad uterina poblada de ruidos y movimientos aterradores. Meltzer menciona en *La aprehensión de la belleza*:

Pero los momentos de angustia, para no hablar de sufrimiento fetal, también pueden afec-tar al feto: la angustia materna puede transmitirse a través del pulso cardíaco, de la rigidez o de los movimientos temblorosos y bruscos; quizás una actividad coital sea más pertur-badora que agradable, tal vez, nuevamente, según el carácter de la emoción materna [...]. Acaso, por encima de todo, el feto sienta su desarrollo como el encogimiento de su hogar, de una manera típicamente claustrofóbica y deduzca que hay vida más allá de sus límites conocidos, una idea impactante para un terrestre nativo liso y llano. La imaginación es un impulso que busca afanosamente; hallará alimentos para el pensamiento aún en el de-sierto. (1988, p 23).

Si bien las hipótesis de Meltzer son verosímiles, no se pueden aseverar fácticamente. Sin duda tienen consistencia en la producción imaginante del campo analítico.

¿Dónde lo tenía guardado?, una pregunta intuitiva de Sara que refiere a su propio es-pacio psíquico. Espacio en el que se conserva lo esencial, aun lo que parece olvidado está en alguna parte. (Freud, 1937). Guardar puede significar proteger, custodiar y hasta ate-sorar. Pareciera aludir al descubrimiento de algo que se hallaba oculto, a la espera de una oportunidad de expresión, ¿la posibilidad de soñar y compartir el sueño? Sería la llegada de un incipiente de vínculo posible. Tal vez formas primitivas de conocimiento, proto-emociones, semillas de lo que luego será el pensamiento (Bion, 1977).

La presencia de cuatro objetos, los peluches sobrevivientes, fácilmente me hizo en pen-sar en que dos podrían ser sus padres adoptivos, los que recuerda, la jirafa y el tigre. Los otros dos, los del olvido, ¿serán las personas que la engendraron? No me resultaba extraño que en el sueño estén los peluches, objetos de compañía para Sara, su intento de construir un continente posible cada noche antes de dormir.

La imagen del pañuelo blanco, según mi opinión, condensaba la representación del dolor del abandono, la expectativa de ser rescatada y la tensión eléctrica de poder perder lo agarrado. Pensar en esta imagen me hizo notar que todo este recorrido teórico asocia-tivo continuaba volviendo al mismo lugar, al origen de Sara. A lo ya sabido, a lo que viene marcando ritmo y saturando espacios, abriendo aún más el surco doloroso histórico que Sara trasuntaba con los padres y se repetía en la transferencia. Si bien intentaba que el tema de la adopción no se presentase como clave de existencia, era un tema adherido tanto en los padres como en mí.



Recordé los importantes aportes de Meltzer en *Vida onírica*, los sueños no sólo revelan lo reprimido, sino que crean nuevos significados y que pueden potenciar el crecimiento mental. Lo dice poéticamente: "Es la poesía del sueño la que capta y da una representación formal a las pasiones que son el significado de nuestra experiencia para que puedan ser utilizadas por la razón" (1983). Es a través de la expresión onírica que se puede conocer profundamente el estado emocional de un paciente.

Siguiendo estas conceptualizaciones meltzerianas y enfocando en el estado emocional de la relación analítica, el vínculo transferencial es el que temblaba, se hallaba comprimido en el "mini-ladrillo" y atrapado en la repetición. Sara transmitía a través de las imágenes oníricas sensaciones de inestabilidad y terror. Soportaba encima la superposición de historias que le impedían desplegar su ser.

La excesiva información incorporada usurpaba espacio psíquico e impedía todo posible contacto emocional. Lo mismo puede ocurrir con el legado teórico de la obra de nuestros maestros referentes, si bien son apoyo y luz que orientan el trabajo clínico, también pueden encandilar la percepción.

Volviendo al sueño, si bien "*una parte era oscura*", "*había luz todavía, era el atardecer*". Pensé que todavía había esperanza en iluminar un nuevo idioma, tal vez el afectivo; una nueva forma de vincularse. Volviendo a Senghor, la posibilidad de conocer no se da sin ese "*chispazo de contacto*" que se sustrae a los sentidos; ese momento de hallazgo y encuentro con otro que esté disponible y acoja.

Como analistas estamos convocados al trabajo de despojarnos de prejuicios que condicionan la mirada y disponernos a explorar lo no-conocido. Permanecer abiertos al porvenir, ofreciendo un continente que tolere el temblor que puede generar el misterio, con el respeto de esperar el tiempo necesario para que el self infantil se manifieste y el vínculo madure.

A partir del sueño de Sara se emprendió una nueva etapa analítica, observaba una niña alegre, con iniciativa y flexibilidad. Lamentablemente luego de unos pocos meses, la relación fue interrumpida abruptamente, sin posibilidad de despedida. Su madre decidió que "*dos años eran suficiente*", consideró que "*la relación con su hija estaba bien*". Me pregunté ¿a qué puso límite la madre de Sara?; ¿habrá temido perderla? Varios interrogantes sin respuesta.

Todo análisis infantil transcurre con la posibilidad de un final impuesto tal como se arranca un fruto del árbol antes que esté maduro para desprenderse. Los aspectos lobos que estaban al acecho, la emocionalidad que Sara despertó en mí y cierto furor curandis, unidos al ombligo de la historia familiar, tal vez fueron riesgos no tenidos muy en cuenta en este proceso analítico.



María Pistani: Lic. en Psicopedagogía. Lic. en Psicología. Psicoanalista. Miembro Titular con Función Didáctica de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis. Miembro IPA y FEPA. Miembro de la Secretaría Científica y Coordinadora de la Sub-Comisión de niños y adolescentes de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis. Representante de SAP en la Comisión de Niñez y Adolescencia de FEPAL. Es analista de niños, adolescentes y adultos.

Será que eu morava lá?

Resumo: Este trabalho viaja pelo tratamento psicanalítico de uma garota adotada e as vicissitudes que surgem na construção de sua identidade. O vínculo analítico está sendo construído e implantado através do espaço de jogo, do musical e do sonho. As descrições clínicas estão entrelaçadas com um desenvolvimento teórico kleiniano e pós-kleiniano.

Descritores: Psicanálise infantil, Adoção, Sonhar, Dor Mental, Ligação.

It will be that I lived there?

Abstract: This work travels through the psychoanalytic treatment of an adopted girl and the vicissitudes that are presented in the construction of her identity. The analytical bond is being built and deployed through the playful, musical and dreamlike space. The clinical descriptions are intertwined with Kleinian and post-Kleinian theoretical development.

Descriptors: Child Psychoanalysis, Adoption, Dream, Psychic pain, Bond.

REFERENCIAS

- Barbero, I. G. (2013 mayo 27). Filosofía africana: Leopold Sédar Senghor y la "negritud". *Culturamas: la revista de información cultural en internet*. Recuperado 23 de diciembre de 2018 de <https://www.culturamas.es/blog/2013/05/27/filosofia-africana-leopold-sedar-senghor-y-la-negritud/>
- Bion, W. (2001[1965]). *Transformaciones*. España: Valencia.
- _____. (1996 [1966]). *Volviendo a pensar*. Buenos Aires: Lumen-Hormé.
- _____. (1974 [1970]). *Atención e interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1982 [1977]). *La tabla y la cesura*. Buenos Aires: Gedisa.
- _____. (1997 [1980]). *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Freeman Sharpe, E. (1961). *El análisis de los sueños*. Buenos Aires: Hormé.
- Freud, S. (2001[1900]). *La interpretación de los sueños*. En: *Obras completas*. (Vols. IV-V). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1975[1937]). Construcciones en análisis. En *Obras Completas*. (Vol. 23, pp. 257-270). Buenos Aires: Amorrortu.
- Gampel, Y. (2006). *Esos padres que viven a través de mí*. Buenos Aires: Paidós.
- Grotstein, J. (2007). *A beam of intense darkness: Wilfred Bion 's Legacy to Psychoanalysis*. London: Karnac.
- Klein, M. (1983[1929]). *La personificación en el juego de los niños*. En *Obras Completas*. (Vol. 2, p. 191). Buenos Aires: Paidós.
- Martínez, M-Sor, D. (2004). *Brechas en el sueño*. Buenos Aires: Polemos.
- Meltzer, D. (1987[1983]) *Vida onírica. Una revisión de la teoría y de la técnica psicoanalítica*. España: Tecnipublicaciones.



- _____. (1990 [1886]). *Metapsicología ampliada*. Buenos Aires: Spatia.
- _____. (1990 [1988]). *La aprehensión de la belleza*. Buenos Aires: Spatia.
- _____. (1994 [1992]). *Claustrum*. Buenos Aires: Spatia.
- Neborak, S. (2011). Vida onírica, actividad clínica y contratransferencia. En *Revista Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*, 33(2), 335-348.
- Nemas, C. (2002). El concepto de mundo interno y la teoría del duelo. *Revista Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Melanie Klein en Buenos Aires. Desarrollos y perspectivas*, 139-143.
- Paz, R. (2008). *Cuestiones disputadas*. Buenos Aires: Biebel.
- Pontalis, J-B. (1978 [1977]). *Entre el sueño y el dolor*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Ungar, V. (2001). Imaginación, fantasía y juego. *Revista Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*, 23(3), 695-711.
- Winnicott, D. (1999). La angustia asociada con la inseguridad. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis* (pp. 135-139). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1952)
- _____. (1990). Carta a Víctor Smirnoff. En *El gesto espontáneo* (pp. 203-207). Paidós. (Trabajo original publicado 1958)
- _____. (1996). La capacidad de estar solo. En *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador* (pp. 36-46). Paidós. (Trabajo original publicado 1958)
- _____. (1985). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa. (Trabajo original publicado 1971)